

Lecturas

Tristes guerras

Tres grandes testimonios para mostrar la esencia de toda contienda



ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

Más allá de diferencias tácticas y estratégicas y de la evolución técnica del armamento, todas las guerras tienen algo en común: en todas se mata y se muere. En todas, por tanto, se verán parecidas escenas, pero cuando se trata de la misma guerra las escenas pueden parecerse tanto como dos lágrimas salidas del mismo ojo. Lo comprobamos al leer los testimonios —dos de ellos novelados, otro un diario escrito al calor de los acontecimientos— de tres escritores que combatieron en la I Guerra Mundial: el italiano **Giani Stuparich** (1891-1961), el estadounidense **William Edward Campbell**, conocido en el mundo literario como **William March** (1893-1954), y el alemán **Edlef Köppen** (1893-1939). Los tres autores fueron voluntarios a la guerra y los tres lucharon en lugares distintos, pero tanto en el bando aliado como en el alemán las escenas que contemplaron fueron poco más o menos las mismas: compañeros heridos y muertos, mucha trinchera, mojaduras, fiebres, rozaduras, explosiones, suciedad, gangrenas, intoxicaciones por gas, cascos, metralla, ansiedad, estupidez, incompetencia, absurdidad, desesperación. Algo habría de heroísmo, lealtad, valor, patria y todas esas grandes palabras que empiezan todas las guerras, pero no fue lo más habitual en el campo de batalla.

Giani Stuparich, como buen escritor triestino, gustaba del tono reposado y la modulación exacta. Periodista, escritor y profesor, a quienes conocen su gusto por la descripción minuciosa no les defraudará **Guerra del 15**, el diario que desde el 2 de junio hasta el 8 de agosto de 1915 levanta acta de sus movimientos en el entorno de Monfalcone, al noreste de Italia, muy cerca de su amado Trieste, entonces, más que nunca, en la encrucijada entre Austria e Italia. El libro no lo publicó hasta 1931, pero las impresiones y los movimientos diarios son los que se produjeron mientras este soldado, acompañado siempre por su hermano Carlo —que no sobreviviría a la contienda—, vive en las trincheras próximas al río Isonzo en espera de un ascenso que le llegará en los primeros días de agosto de 1915. El joven Stuparich era un tipo sereno, valiente y comprometido que, seguramente por ser triestino, hubo de hacer muchos más méritos patrióticos que el resto. Con un estilo que adensa su plasticidad en cada página, asistimos encantados y absortos al día a día de un escritor llevado por las circunstancias de su tiempo a las trincheras.

Compañía K, de **William March**, es una novela en la que distintas experiencias de más de cien soldados norteamericanos, terminadas de escribir por uno de ellos en 1933, se engarzan unas con otras. «La Compañía K entró en acción el 12 de diciembre de 1917 a las 22.15 en Verdún, Francia, y dejó de luchar durante la mañana del 11 de noviembre de 1918 cerca de Borumont». Lo que de manera breve e impactante nos dice cada soldado, cada cabo, cada sargento, cada teniente que interviene en la narración, proporciona viveza a un relato que nos acerca en cada página a la muerte, realidad insoslayable de la guerra. William March pretendía «coger estas historias y clavarlas en una

gran rueda, cada una colgada de una pinza diferente hasta que se completara el círculo. Entonces me gustaría hacer girar la rueda, cada vez más deprisa, hasta que los temas sobre los que he escrito cobraran vida». Es justo lo que consigue en estas páginas repletas de energía, ironía, emoción, lucidez y rechazo a una contienda en la que un oficial puede ordenar la matanza a sangre fría de más de veinte indefensos prisioneros alemanes. Todo lo que supuso la I Guerra Mundial para un marino de los Estados Unidos está aquí: desde el adiestramiento previo y las despedidas hasta la vuelta al hogar con síndrome de estrés posttraumático, manos amputadas y rostros deformados, pasando por las diversas y poco agradables maneras de morir en el campo de batalla.



Guerra del 15

Giani Stuparich
Minúscula, Barcelona, 2012



Compañía K

William March
Libros del Silencio, Barcelona, 2012
Introducción de Philip D. Beidler



Parte de guerra

Edlef Köppen
Sajalín, Barcelona, 2012

Joachim Edlef Köppen luchó con Alemania desde el inicio de la guerra en 1914 hasta el final en 1918. Lo hizo como artillero, primero en el frente occidental, después en el oriental, y finalmente volvió al occidental, y lo hizo «con entusiasmo, con sentido del deber, apretando los dientes, con desesperación, hasta que me concedieron la Cruz de Hierro de primera clase y me encerraron en el manicomio». El joven idealista e ingenuo del principio no es exactamente el mismo cuatro años después, cuando se atreve a desobedecer las órdenes de sus superiores y es tomado por loco. Escrita en 1930 con la técnica de intercalar documentos oficiales, artículos de prensa y anuncios en la narración de las experiencias del soldado Adolf Reisinger (alter ego de Köppen), a la manera que **John Dos Passos** había hecho popular años antes, **Parte de guerra** es un duro alegato antibelicista comparable a **Sin novedad en el frente**. Su autor fue herido en la contienda y no llegaría a recuperarse nunca de las secuelas producidas por ella. «¿Es voluntad tuya —le pregunta Reisinger a Dios— que tus hijos se talen, innumerables, cuál árboles podridos?» No hay respuesta más allá de esto: «Nadie se hace ilusiones. No tiene sentido, ningún sentido, imaginarse las horas venideras o la mañana siguiente. De cada mil hombres que marchan por la calle, la mitad deben saber que la mañana siguiente estarán destrozados y hechos pedazos».



espacio

circular estática

templar ahora esta magnífica exposición de escultura, 35 obras de gran formato en su mayoría, aunque también mínimas delicadezas, dotadas todas de la gran pureza plástica y la personal creatividad del artista.

Contemplemos primero el conjunto de las piezas, una compleja arquitectura de líneas, relacionadas entre sí y con el color, delimitando el espacio en armoniosa composición plástica. Y luego las obras una a una, la pureza y diversidad de las formas, el rigor y la perfección de sus individualizadas geometrías, también el tratamiento cromático y acabado de las superficies y sus efectos luminosos. En el momento de esta contemplación pormenorizada de ángulos, líneas y planos, en la confrontación de cubos o triángulos, ante las sugerencias visuales de una abstracción geométrica con raíces en el constructivismo, el neoplasticismo y el minimalismo, es fácil que se nos olvide que todo el peso de estas figuras geométricas, en algunos casos muy considerable, es-

tá sostenido por una mínima superficie de apoyo, a menudo un vértice, y lo que parece más increíble es que ese sostén las mantiene aún cuando se emparejan y se acercan sin tocarse, y por eso en ocasiones, desde lejos, pensamos que se apoyan una sobre otra, porque parece ser la única forma verosímil de que no se caigan. Olvidar también que en ocasiones se mueven, como también se mueven las pequeñas exquisitices de la sección de obras expuestas en vitrinas, girando, acercándose, alejándose... y en ambos casos estamos ante ese elemento distintivo del lenguaje plástico de Herminio, los equilibrios, tensiones y atracciones. Algo que hizo posible la antigua aspiración de un movimiento anónimo y silencioso en la escultura, para que precisamente aquello que hace posible el movimiento no destruya con su presencia el puro contenido escultórico. Lo que algunos constructivistas persiguieron, **Naum Gabo** especialmente, y los grandes maestros del arte cinético elogian ahora en la obra de Herminio.

Una exposición que será memorable; lástima que haya que pagar para verla. No creo que la recaudación de este «copago» justifique la limitación que supone para que los avilesinos y asturianos puedan contemplarla una o más veces, no bastan cuatro días de gracia. Así no se promociona el arte, y ya resulta el colmo que además haya que volver a pagar para ver las fotografías de Soledad Córdoba.

nes, de 10 a 13.30 y de 16.30 a 20 horas. Sábado, de 10 a 13.30 horas.

Marianna Nieddu

«Los dichos de mi madre»

Galería El Arte de lo Imposible (Jacobo Olañeta, 10).

Ellen Kooi

«Luz holandesa».

Galería Espacio Líquido (Jovellanos, 3). Hasta el 15 de mayo. De martes a sábado, de 12 a 13.30 y de 18 a 20 horas.

Kiker

Galería Van Dyck (Menéndez Valdés, 21). Hasta el 19 de mayo. De lunes a sábado, de 11.30 a 14 y de 17.30 a 21.30 horas.

Sandra Claret

«La Ribera»

Galería Mediadvanced (Ezcurdia, 8).

Hasta el 15 de mayo. De lunes a viernes, de 9 a 13.30 y de 15.30 a 19.30 horas.

José Manuel Ciria

«Espacio entre límites».

Galería Gema Llamazares (C/ Instituto, 23). Hasta el 19 de mayo. De lunes a sábado, de 11.30 a 14 horas y de 17.30 a 21.30 horas.

AVILÉS

Herminio

Centro Cultural Internacional Avilés (auditorio).

«Geometrías del espacio». Esculturas recientes. Hasta el 17 de junio. De lunes a domingo, de 11 a 14.30 y de 16 a 20 horas.

Estrella Sánchez

«Reconstruir»

Galería de arte Amaga (José Manuel Pedregal, 4). Hasta el 21 de mayo. De 10.15 a 13.30 y de 17 a 20.45 horas. Sábado, de 10.30 a 13.30 horas.

Vicente Pastor

«A vida num para»

Galería Octógono (Rivero, 46). Hasta el 20 de mayo. De lunes a viernes, de 10 a 13.30 y de 17 a 20.30 horas.

CANDÁS

Pelayo Varela

«Cabeza borrada»

Museo Antón (plaza del Cueto, s/n). Hasta el 27 de mayo. De martes a viernes, de 17.30 a 19.30. Sábados y domingos, de 12 a 14 y de 17.30 a 19.30 horas.